

La locura de Heracles

Alejandro Rodríguez-Refojo

Francisco León: *Heracles loco y otros poemas*. Ediciones La Palma, Tenerife, 2012.

Si tuviéramos que buscar un motivo que valiera como emblema de la trayectoria poética de Francisco León, desde su primer libro *Cartografía* (1999) hasta este *Heracles loco y otros poemas* (2012) que acaba de publicar Ediciones La Palma, no encontraríamos otro mejor que aquel que se refiere al momento del día que los griegos consideraron propicio para la videncia: el mediodía. El mediodía y su análogo, el verano, simbolizan en su poesía un estado de la visión, una apertura de la mirada que el autor ha perseguido con afán desde el principio, y que ha supuesto al cabo la integración en su trabajo de ciertos elementos provenientes del irracionalismo poético. Lo visional, la facultad de soñar lo que se ve, la locura poética, todos estos rasgos que pueden observarse en *Heracles loco...* se cumplen siempre justo a la hora del mediodía, que no era una hora más para los antiguos, ya que en la literatura griega –como nos recuerda David Hernández de la Fuente– «el mediodía, justo antes de la siesta, es propicio para las visiones».

Volveré sobre esto, pero antes quizá no sea innecesario proporcionar un dato previo que nos sirva como primera toma de contacto con los parajes que atraviesa la palabra a lo largo de este libro, pues en el origen de este hay un viaje realizado por el autor en 2006 que le llevó de Tenerife al sur de Italia, de allí a Grecia y de Grecia de vuelta a Tenerife. Un viaje: un libro. Un libro cuyos escenarios son las ciudades, los templos y paisajes naturales de una tierra cuya historia es por sí misma mito y leyenda. Una pregunta me ha salido al paso al leerlo: ¿por qué Grecia? Acaso porque este país conserva aún –incluso hoy, cuando se halla al borde del colapso por las devastadoras consecuencias de una cri-

sis económica que se recrudece en Europa por momentos— una aureola mítica a nuestros ojos. Y la tiene no sólo por la obvia y singular importancia de su «legado cultural», sino también porque Grecia —así como ciertas zonas de Italia, España y el norte de África— han constituido un polo de atracción de irresistible fuerza para muchos creadores y pensadores europeos de los siglos XIX y XX. Hablo de ese viaje al sur realizado por Goethe, por René de Chateaubriand, por Paul Klee, por Robert Graves, un viaje que para Francisco León ha significado también un verdadero viaje a un Mediodía mítico-simbólico, y no sólo a un norte geofísico.

Claro que tal viaje había sido preparado o predispuesto, de alguna extraña forma, por su autor, pues es difícil que la mirada no proyecte su sombra en los objetos que contempla. Y la sombra luminosa que proyecta la mirada griega de F. León está mediaticada por determinadas voces, imágenes y experiencias, visibles ya desde su primer libro, que es preciso señalar. En primer lugar, Grecia es la tierra de Sikelianós y Seferis, de Elytis y Ritsos, y la admiración manifiesta que F. León profesa por tales poetas y, concretamente, por los componentes de la llamada Generación de 1930, ocupa en su obra un lugar de especial importancia, por no decir fundamental. Y, en segundo lugar, es obvio decirlo, Grecia es tierra de mitos y, por tanto, tierra simbólica.

Repasemos, antes de seguir, algunos de los lugares y figuras de este libro. Entre ellos, la antigua ciudad griega de Selinunte, situada actualmente en el sur de Sicilia, un lugar cuyas ruinas inspiraron hace poco a Vincenzo Vitello una hermosa reflexión sobre el ocaso de lo sagrado; los monasterios de Meteora «a la hora terrible del rayo y la locura»; Hydra, donde el autor vio a un rey loco retirado en los confines del mundo, desposeído de todo y, al mismo tiempo, poseedor de todo en su trono de luz marina; la mítica Eleusis, «un pellejo de perro tirado por las piedras» que sin embargo, como dijo Miller, permanece; y personajes reales e imaginarios que aparecen en poemas donde lo imaginario y lo real no se contraponen, sino que se unen para afirmar, en algunos de los mejores momentos de libro, una fe en la palabra y en la poesía como «método de salvación», para decirlo con palabras del propio autor.

Pero los jalones de un viaje, sus vicisitudes externas nada nos dicen acerca esa tierra o del hombre que la contempla. Lo que habla siempre en un poema es la mirada, la relación tan especial que se establece entre el mirar y lo mirado. En este libro esa relación adquiere a veces la forma de lo visional, como ocurre en bellísimo poema «Ángeles», y otras la óptica escéptica del que reconoce la profunda humanidad de los dioses, una mirada desmitificadora que observamos en «Bestia revisitada», en el que la figura del pulpo (uno de los motivos decorativos de la cerámica minoica) es contemplada «en Egina, / reseco al sol, crucificado, / como en un Gólgota para turistas.»

Esta suerte de dualidad que atraviesa el libro, de oscilación entre el nihilismo y la fe en la palabra, entre la búsqueda de un orden y la constatación de la irracionalidad del mundo, se advierte en determinadas imágenes, motivos y situaciones. Por ejemplo, en ese «trono de la alucinación» en que se asienta el Rey de Hydra, en esa niña que guía al Minotauro en el poema «El minotauro y yo» –escena que el poeta toma de un grabado de Picasso perteneciente a la *Suite Vollard*–, y también en uno de los textos más significativos del libro, «El juego de la locura». En éste, la locura es concebida como un juego trascendente que linda por un lado con la poesía y, por otro, con lo sagrado; un juego donde el jugador percibe un orden en el mundo y, al mismo tiempo, niega su fundamento; un juego peligroso que revela claramente la visión dionisiaca de la existencia que impregna casi por completo el libro que nos ocupa.

El poema concebido como visión no es un modelo enraizado, como tal vez pudiera creerse, en la tradición platónica y su tras-mundo ideal, ya que uno de sus más grandes valedores, Arthur Rimbaud, no puede ser acusado precisamente de platonizante. Es más bien Dioniso y su danzante séquito de ménades y sátiros el dios rige el ritmo del poema. Oportuno es, en este sentido, decir algo sobre la locura como símbolo en este *Heraclès loco...* de Francisco León, ya que el episodio en el que héroe pierde la cabeza y mata a sus hijos, o a sus hijos y a su mujer según otras versiones, es un factor estructurante que no puede ser obviado. Pero antes de entrar en materia quisiera dejar claro que una de las facetas que más me gustan de esta obra es que podemos observar los diversos planos o aspectos del símbolo, y cómo su autor no

incurrir en ningún momento en lo que Gaston Bachelard llamó «complejo de cultura», un complejo cuya peor cara lastró a mi juicio las realizaciones poéticas de algunos autores españoles de la llamada Generación de 1970, concretamente aquellos que practicaron un «culturalismo» excesivo, que nada tiene que ver con la poesía de Francisco León.

El aspecto positivo del símbolo de la locura nos llevaría a un terreno poético-moral que puede pasar inadvertido para el lector y sobre el que quisiera incidir. Desde el punto de vista estrictamente poético, la locura se relaciona con el elemento ya citado de lo visional, que bebe de la ancha corriente del irracionalismo poético, tal como esta se fue conformando a lo largo del XIX a partir de autores como Novalis, Blake, Nerval y, sobre todo, a partir de la concepción rimbaldiana del poeta como vidente. Así pues, la locura como símbolo está en conexión con la actitud poética, de raíz romántica, que definen la mayoría de poemas. Por lo que respecta al terreno moral, el símbolo de la locura podría interpretarse, en mi opinión, como una crítica a los procesos de racionalización –en el sentido weberiano del término– que nos habrían conducido a un progreso que en el orden de lo material se ha revelando sólo para unos pocos, y que en el campo de la ética no ha logrado rebasar los límites de lo utilitario. Unos versos del poema «La muchacha y el leproso» dicen a este respecto: «Has comprado recuerdos en un puesto. / Caballitos de bronce y dracmas oxidados. // La lengua de los mitos ya está muerta, / te dijo el comerciante. / Ya no vale la pena.» Visión y locura están inextricablemente unidas en este libro, como lo están los aspectos positivo y negativo del símbolo analizado. Ya hemos visto el primer aspecto: la locura como videncia y la locura como crítica negativa. Hablemos ahora del segundo.

En «Baño en Selinunte», Fan- Ha, una de las muchas voces que aparecen en *Heracles loco...*, le pregunta al yo poético: «¿Persisten todavía allá abajo los dioses del Empíreo?». A lo que aquél le contesta: «No sé, nos hemos olvidado / de tantas cosas aquí abajo, / nosotros, los soberbios.» La soberbia es aquí sinónimo de la *hybris* griega, concepto que se refiere, como se sabe, a una desmedida confianza en sí mismo, a una desmesura que llevaba al hombre a cometer actos violentos e irracionales. La locura sim-

boliza también en *Heracles loco...* desmesura, excesiva confianza del hombre en sí mismo, lo que nos lleva a la idea de la soberbia humana y a ese «olvido de lo sagrado» que será completo cuando ya no advirtamos su necesidad, como asegura Vincenzo Vitello. Podría entonces afirmarse: la mencionada crítica al intenso proceso de racionalización característico de la modernidad a ese «férreo estuche» o «jaula de hierro» dentro del cual los hombres corrían, como vislumbró Weber al final de *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, el peligro de convertirse en «especialistas sin espíritu [y] gozadores sin corazón» constituye, en este libro, la otra cara de la conciencia de la irracionalidad que rige en el fondo la conducta humana. Ambos lados del símbolo, inseparables, se hacen así visibles, como las dos caras de una moneda. La interpretación que realiza el poeta en el texto homónimo del libro sutura esta aparente contradicción: «Ya sabes la leyenda del buen Heracles... Yo creo que fue castigado para salvarlo de sí mismo y sus potencias, pues no había final en sus delirios.»

Una frase de Michel Foucault podría resumir en parte lo que he intentado decir en estas páginas. Jugar el juego de la locura es importante para el hombre y el poeta, acaso porque ambos intuyen, como afirma el pensador francés, que «sin el loco, la razón se vería privada de su realidad, sería monotonía vacía, aburrimiento de sí misma, animal desierto que presentaría su propia contradicción». Sin el loco que habita el hombre el poeta está perdido, minotauro «enfermo de locura» guiado por la mano de una niña. Sin él no habría visto a los ruiseñores que saludaron a Ángelos Sikelianós, ni se preguntaría por la luz o por cómo empezó todo esto. Sin él, en fin, no podría vivir la locura del mundo, la locura de ser hombre y existir, de descender hasta la bestia o vislumbrar al ángel, la locura de no tener aún una forma determinada. ©